

**IMPORTANTE:**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:**

### **A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 222

25 cts.



**CORAZONES  
DE ROBLE**

por PAULINE STARKE

de HOBART BOSWORTH

**Filmoteca**

de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción ( Vía Layetana, 12  
Administración ( Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 222

---

## Corazones de Roble

Precioso drama, interpretado por los siguientes artistas

Terry Donivan..... *Hobart Bosworth*  
Cristina..... *Paulina Starke*  
Ned Fair ..... *Theodore Von Eltz*  
Juan Owen ..... *James Gordon*

etc.

## Producción William Fox

Exclusiva de

**HISPANO FOXFILM, S. A. E.**

Valencia, 280 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
**JOHN BOWERS**



# Corazones de Roble

## Argumento de la película

En un pueblo de pescadores de la costa de la Nueva Inglaterra vivía el capitán Terry Donivan, que gozaba de las simpatías generales por su valor a toda prueba y su amor al prójimo.

Frisaba los cuarenta y cinco años cuando veía llegado al fin el soñado día de compartir su vida con una amada compañera.

Iba a casarse. La ceremonia había sido fijada para aquella noche, y hacía sus preparativos para que no se olvidase de nada en el último momento, con las inevitables precipitaciones.

Su corazón saltaba de gozo. El ideal de su existencia sería, al fin, una venturosa realidad.

Sus luchas anteriores en el mar, por labrarse un porvenir, sus horas de angustia de muerte y sus

Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

desalientos, todo se esfumaba en su espíritu para rendir homenaje únicamente al presente, a la que ocupaba todo su ser iluminándolo con los mágicos resplandores de la ilusión.

A fuerza de trabajo había logrado Terry ser dueño de una modesta embarcación con la que tenía asegurado el sustento. Abrazaba, pues, el matrimonio sin ninguna preocupación.

Los padres de Terry, que vivían un tanto distanciados del pueblo costero, acudieron a la boda, pero no parecían muy satisfechos de que, a sus años, después de haberse acostumbrado a vivir solo y la mayor parte del tiempo en el mar, su hijo hubiera decidido tomar estado.

Tal vez la madre, por el egoísmo propio de todas las madres, no podía poner cara alegre; y el padre, acaso tenía motivos para criticar para sus adentros la idea del enamorado.

Terry tampoco estaba muy tranquilo. Se sentía alegre, inmensamente dichoso, por supuesto. Sin embargo, más que nunca, una duda se levantaba en su mente sin que hubiera fuerzas para rechazarla.

La mal disimulada tristeza de sus padres fue causa de que Terry les diese una explicación.

—Comprendo que os haya extrañado mi resolución de tomar por esposa a mi protegida de la infancia, la bondadosa Cristina. No creáis que nuestro matrimonio haya sido concertado sin mutua reflexión. En honor de la verdad, siempre había desechado la idea de proponerle a Cristina si aceptaba unirse para el resto de nuestras vidas a mí. Ocurrió lo que ya sabéis, y desde entonces, sin ruegos ni exigencias indirectas, sino naturalmente,

paulatinamente, le hablé de mi deseo de constituir un hogar antes de que la vejez me sorprendiese inadvertidamente, y ella me escuchó con interés y agrado. Por eso hoy, al cabo de algunos meses de tratar del asunto, nos vamos a casar. Estoy se-



—*Estoy seguro de que seré feliz con ella...*

guro de que seré feliz con ella, porque la querré tanto que, si ella no me quisiera bastante ya, mi cariño sería un estímulo para el suyo.

—Ya nos figuramos que no te casas sin pensar lo que haces. Eres ya mayorcito y sabes el cambio radical que vas a hacer. No hay nada comparable

al matrimonio cuando las partes integrantes se quieren. En el caso contrario, suele ser un infierno—contestóle su madre, mirando a hurtadillas a su marido.

El padre de Terry dió unos golpecitos al buen mozo, y éste, sonriendo lleno de emoción sacóse de un bolsillo la alianza matrimonial, y dijo a los dos viejos queridos, enseñándoles el anillo:

—Cuando Cristina luzca este aro en su dedo, seré el más dichoso de los hombres.

La madre contempló la alianza y la comparó con la suya; respondiéndole al devolvérsela:

—Cuando me casé con tu padre, los anillos de matrimonio eran más anchos y más gruesos. Duraban más que estas sortijitas de tres al cuarto que se usan ahora.

—A cada tiempo su moda, madre.

—Todo lo antiguo era mejor.

—No le digo que no. Pero Cristina no existía entonces... y prefiero lo de ahora.

La hora de la ceremonia se acercaba.

La noche era oscura. Llovía furiosamente.

Juan Owen, viejo camarada de días buenos y malos y socio de Terry, presentóse en la casa poco antes de la hora.

Aisláronse los dos íntimos amigos en el comedor.

—¡Mi enhorabuena, jovenzuelo! ¡Has elegido para casarte una noche digna de un viejo lobo de mar como tú, querido Terry!

—El cielo se complace en gastarme una broma. ¿Verdad que parezco más... más... agradable... como si me hubieran quitado diez años de encima?

—En efecto, Terry: te desconozco. No eres el

mismo. ¿Dónde está ese carácter indomable, que nos hacía temblar a todos, a pesar de que conocíamos tu inmejorable fondo? Yo no he querido casarme nunca, amigo, por miedo a las mujeres; y no comprendo que tú hayas tenido valor para tanto.

—Cuando tú encuentres una mujer que te diga que te quiere, y sin la que a ti te parezca imposible la vida, porque la vida es ella, entonces harás lo mismo que yo haré hoy. Mujeres, los hombres podemos tener muchas... Una mujer, eso ya es otra cosa.

—Y que la tuya vale una mina de oro, ¿eh, picarón? Vaya, que seas muy feliz, y que en tu bienestar no te olvides de los amigos.

En el saloncito de la casa, junto a la chimenea, los padres de Terry, tras largo silencio, inquietáronse al oír el ruido de la lluvia.

—Si yo estuviera en el lugar de Terry, no me casaría esta noche—dijo el padre.

—¿Por qué, Neomesio?

—Es de mal agüero contraer matrimonio en una noche de tempestad.

—¿Quién te ha contado eso? ¿Acaso no te casaste tú conmigo en una noche así?

—No lo he olvidado nunca...

—¿Luego..?

—Pues por eso mismo...

—¡Desagradecido, más que desagradecido!

—No grites, hazme el favor. A ver si tenemos la fiesta en paz.

En tanto, en las habitaciones altas de la casa, la novia, Cristina, daba los últimos toques a su atavío nupcial.

Cuando estuvo lista completamente, parecía no poder abandonar su cuarto. Sus ojos miraban tristemente todos los objetos. El silencio que reinaba en la habitación repercutía en su alma. Se le antojaba que asistía a la despedida de sus alegrías. ¡Adiós cama de su cuerpo virginal, donde tantas noches soñó con la felicidad! ¡Adiós espejo confidente de las ansias de su juventud! Y vosotras, paredes mudas que sorprendisteis más de una vez los suspiros de la doncella enamorada... ¡adiós!

El ramo de flores que Terry le hizo enviar, se estremecía en las manos de Cristina, y en algunos pétalos había huellas de lágrimas...

En tan doloroso momento, Cristina evocó su pasado:

Su padre y su madre la adoraban. Todo hacía presagiar una vida de eterna ventura. Un día, en un naufragio durante un gran temporal, su padre encontró trágica muerte. Pocos años después, su madre siguió a su amado, y huérfana, sin familia ni medios para luchar con la vida, por la vida, levantó los ojos al reino del Omnipotente y Terry le ofreció amparo en su casa. Desde entonces, al calor de su cariño y su hogar, hundiéndose en el ilimitado camino del mañana...

Si había aceptado casarse con Terry, no era porque le amase. Sólo un impulso de gratitud la llevaba al sacrificio de su pudor immaculado.

Terry, a la hora convenida para la celebración de la ceremonia, fué al encuentro de la novia, cuando ésta hacía volar su pensamiento hacia otro hombre, Ned Fair, otro protegido de Terry, joven como ella y buen marino. Vivió siempre en el ho-

gar, pero una tarde de otoño se hizo a la mar... y nunca se supo nada más de él...

Aquel memorable día, Cristina le despidió en la playa, y como le prometiera que correspondía a su amor, Ned la tomó en sus brazos y le dijo, llena el alma de optimismo:

—Cuando vuelva de este viaje, Cristina, tú y yo podremos casarnos y vivir en nuestra propia casita...

—Vuelve pronto...—limitóse a contestarle ella. Pero no había vuelto. ¡Otra víctima del mar!

La aparición de Terry volvió a la realidad a Cristina.

—¡Oh, perdona, Terry! ¿Te he hecho esperar mucho?

—No, querida niña. Pero es ya la hora. ¿Vamos?

—Sí... Cuando quieras... Estaba despidiéndome de mi alcoba...

—Y eso te ha puesto triste. No lo niegues. Comprendo que no ha de producir alegría separarse de lo que se ha querido mucho. Pero ahora tendrás muebles mejores y todo lo que quieras. Preferirás esto a lo otro, ¿verdad?... Perdóname si cometí la torpeza de no respetar tu silencio... Yo quisiera no ser brusco... que mis manos, al tocarte, te pareciesen suaves... que mis palabras, al hablarte, sonasen en tus oídos gratamente... Dime, Cristina... El momento de unirnos para siempre está al llegar... ¿Estás segura de querer a un viejo marino como yo?

—Sí, Terry... te quiero... Si no te quisiera, no me casaría contigo.

—¿No es sólo por gratitud que me amas?

—No, Terry... ¿Por qué dices esas cosas?

—Por nada, niña amada, por nada. Me parece tan maravilloso el despertar del preciado sueño de mi vida... ¿Vamos ya?

La cogió del brazo y salieron hacia la escalera de la planta baja.



—¿Estás segura de querer a un viejo marino como yo?

En el pasillo, al encontrarse a la altura de la habitación que ocupó Ned, el desaparecido, se detuvieron instantáneamente, como obedeciendo a una orden secreta y dada a ambos simultáneamente.

Cristina apartó su vista de la puerta abierta,

mientras Terry, mirando a la novia y a dicha puerta, alternativamente, sentía que la duda de siempre se agitaba en su espíritu.

—Cristina — murmuró Terry, haciendo un esfuerzo para hablar—, ¿has oído? Están tocando a boda... Es lo natural, puesto que nos vamos a casar. Sin embargo, no puedo menos de preguntarte si esa campana tocaría para mí esta noche, la más bella de mi vida, de haber vuelto Ned del mar...

—No quiero que me hables más de él en la forma que lo haces. He querido muchísimo a Ned... pero como a un hermano...

Terry estrechó febrilmente a Cristina contra su pecho, y mudos uno y otro, se encaminaron al templo donde se había congregado lo mejorcito del pueblo.

Algunos testigos de la escena se preguntaban lo que Terry habíase preguntado ya, es decir, si de no haber ocurrido lo que ocurrió hacía algún tiempo, sería él el novio aquella noche.

Ya no había salvación posible para Cristina. Su gratitud a la paternal protección de Terry rebasaba todo límite normal.

El rito dió comienzo, y pronto Cristina y Terry serían el uno del otro.

Entretanto, en tan importantes momentos, cuya trascendencia equivalía a la muerte en vida de una enamorada sin amor, cerca de los arrecifes contra los cuales estrellaban su furia las olas, un barco hacía esfuerzos inauditos para mantenerse a flote, brutalizado por la ira de los elementos.

Los guardacostas se dieron cuenta del gran pe-

ligro que corría ese vapor, y cundió la alarma por el pueblo.

Se hicieron los preparativos de salvamento.

Lanzóse un cable al barco prisionero y se procedió al salvamento de la tripulación.

En el acto se avisó a los marinos que se encontraban en la iglesia presenciando la boda del capitán Terry, y ninguno de ellos dejó de correr en auxilio de los compañeros amenazados de muerte.

El que se encargó de dar la noticia a los del templo, aproximóse a Terry y le dijo:

—Dispense, capitán, pero no había que perder momento.

El buen hombre se disculpaba de haber interrumpido la ceremonia con el barullo que se promovió al percibir el eco de la tragedia; pero, a pesar de ello, Terry dijo al cura:

—Hágame usted el favor de terminar la ceremonia... Es cuestión de minutos solamente... Luego, partiremos con los demás...

El sacerdote, fiel cumplidor de su deber, se dispuso a terminar rápidamente la ceremonia, para poder acudir a aportar su grano de arena en pro de los marinos en peligro, y cuando pronunciaba las últimas palabras, dándoles su bendición, irrumpió en el templo un guardacostas, amigo de Terry, a quien dijo, faltándole la respiración:

—¡Terry!... ¡Es el "Salem Bess"! ¡El barco de Ned!

A un mismo tiempo Cristina y Terry lanzaron un grito. ¡El barco de Ned! ¿Entonces, Ned volvía?

Por un momento pensó Terry terminar en un segundo la ceremonia; mas la voz de la conciencia

dominó, y sin esperar a más salió de la iglesia hacia el puerto, empujando a su amigo delante de él.

En la iglesia quedaron las mujeres, las cuales, con el sacerdote, que vio la emoción de Cristina, quedaron para pedir a Dios un milagro.



—¡Terry!... ¡Es el "Salem Bess"! ¡El barco de Ned!

Los marinos que llegaban a tierra por medio del cable, daban muestras de inmensa alegría en medio de un gran cansancio. Se echaba de ver que habían sufrido mucho durante su ausencia del pueblo. Uno de ellos, el último, notificó a los que le

auxiliaron en tierra, que Ned había quedado a bordo.

Terry se abrió paso entre el grupo compacto de hombres. Ya que el cable no podía ser ya la salvación de Ned, su ahijado, él lo salvaría.



—*Vuelves a tiempo para compartir nuestra dicha, hijo mío.*

El joven habíase arrojado al mar para tratar de ganar a nado, a pesar de su fatiga, la orilla, y luchaba denodadamente; pero hubiese sido vencido por las olas de no haberle protegido contra ellas, con sus férreos brazos, el bueno de Terry.

Inmediatamente, Ned fué conducido a la casa de Terry, su casa de siempre.

Cristina, enterada de todo, encontróse pronto en el hogar, y no se apartó un momento de la cabecera del herido, suplicando al Todopoderoso que volviese a la vida.

Terry y Owen, un tanto apartados, estaban también pendientes del menor gesto de Ned.

Este, por fortuna, no tardó en recobrase, y al hacerlo, sus ojos, al encontrarse con los de Cristina, se desorbitaron y humedecieron de tristeza.

—¡Cristina! — exclamó estrechando débilmente sus manos.

Terry se acercó.

—¡Ned! ¡Qué sorpresa hemos tenido, muchacho!

Ned le sonrió fatigosamente, y añadió:

—¡Qué felicidad!... ¡Estoy de nuevo en casa!

—Sí, Ned, ya estás de nuevo entre nosotros— respondióle Cristina.

Y Terry, entonces, dijo:

—Vuelves a tiempo para compartir nuestra dicha, hijo mío... Cristina y yo vamos a casarnos...

Ned miró a Cristina, tristemente, dudando de haber oído bien, y al ver en las miradas de ella la llama apagada de la alegría, comprendió que Terry no había mentado... que Cristina iba a casarse con él... y dejóse caer en el lecho para olvidar, en el reposo, la insospechada realidad.

\*  
\* \*

La boda se aplazó para que Ned pudiese asistir a ella.

La víspera de la fecha fijada para la ceremonia, Terry sorprendió, con su íntimo Owen, a los dos jóvenes paseando por el muelle cariñosamente.

Bastaba ver los gestos y las miradas de Cristina y Ned para que la verdad resplandeciese sin trabas.

Terry, que no era ciego ni insensato, se comparó con Ned y se encontró mucho más viejo de lo que era. ¿Sería, pues, verdad lo que él suponía desde mucho tiempo? ¿Sería cierto que Cristina, a pesar de su mentira, había amado y seguía amando a Ned, ya que había vuelto de su largo viaje?

Sin poderlo evitar, Terry pensó que Ned no debía haber sido salvado de la abandonada isla en que quedó prisionero su barco con sus hombres por espacio de muchos meses, al menos tan pronto... o nunca.

Pero el cariño que lo ligaba a él rechazó tales ideas, y para consolarse a sí mismo negóse lo que estaba aun viendo.

—Son dos verdaderos hermanos, ¿verdad, Juan? —dijo a su íntimo, no quitándole ojo.

Owen no sabía disimular. Puso cara seria, miró frente a frente a Terry, y le respondió:

—Ellos son la ilusión, Terry. Desde jóvenes viven juntos y han aprendido a conocerse en sus



—Y ahora que ya lo sabes, ¿qué piensas hacer?

más ocultos rincones. ¿No crees que se quieren como tú la quieres a ella?

—Estarían en su derecho, puesto que yo... Pero no es posible, Juan. Cristina me ha asegurado que soy yo el que ella quiere para marido.

—Pues yo he de decirte, Terry, que Cristina y Ned se aman, El día que Ned se hizo a la mar

para tardar tanto tiempo en reaparecer, los vi en solitario lugar despidiéndose llorando. Se aman, no te quepa duda.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes, Juan?

—Ned había desaparecido... y Cristina, en ausencia de Ned... podía disponer de su corazón. Es muy delicado desengañar a un enamorado, Terry, y mucho lamento que sea yo quien...

—Tú eres como yo, Juan. Nada tienes que reprocharte. Has hablado conforme te lo ha indicado la conciencia.

—Y ahora que ya lo sabes, ¿qué piensas hacer?

—¿Y tú me lo preguntas?... ¿Qué otra cosa he de hacer sino darles la felicidad? ¿Acaso no son mis hijos queridos?

—Eres un santo, Terry, un santo. Hombres como tú, hay pocos.

Owen salió de la casita de Terry, comprendiendo que éste necesitaba estar solo.

Ned, que no podía renunciar a su adorada Cristina, decía a ésta:

—Te repito que no es justo sacrificar nuestro amor, todo lo que la vida puede ofrecernos de ventura... Lo mejor es confesarlo todo a Terry... Es demasiado noble, demasiado bueno para exigirte que cumplas tu promesa...

—No me atrevo, Ned—murmuró Cristina pensando en el pesar que causaría a Terry.

Pero Owen, que fué al encuentro de los dos jóvenes, dijo a Ned:

—Terry lo sabe todo... Ve a hablar con él.

Ned agradeció a Owen su noticia y corrió a reunirse con Terry, el hombre a quien quería como quiso a su propio padre.

Le encontró llorando, oculto su rostro en sus brazos apoyados en la mesa del comedor.

—Terry... ¿Qué tienes?—preguntó quedamente.

Su protector reaccionó al momento, y sonriendo al muchacho, dijo:

—Nada, Ned... No me sucede nada... sino que la dicha se desborda en mi corazón desde que sé que os amáis... Si Cristina y yo nos íbamos a casar, era, Ned, porque te creíamos perdido para siempre. Tómala, Ned, con mi bendición.

Terry quería ser fuerte, para ocultar su dolor; pero éste fué más recio y le obligó a ocultar de nuevo su rostro para enjugar unas lágrimas...

Ned comprendió la amargura que torturaba a su padre adoptivo al pensar en que él, Ned, con su regreso, le quitaba a Cristina, que le amaba, y el mismo sentimiento de gratitud que llevó a Cristina al no consumado sacrificio, le impulsó a consolar a Terry.

—Pero ¿de dónde sacas que Cristina pensara en casarse conmigo?... No es a mí a quien quiere... ¡Es a ti!—le dijo.

—¿A mí, Ned? Repítemelo, muchacho... Y yo que creía... y Owen también...

—Mi deseo es que seas muy feliz con ella, Terry, porque los dos lo merecís.

Un poco después, Cristina se reunía con Terry, y le preguntaba, un tanto temerosa:

—¿Entonces, Terry, ya lo sabes todo?

Terry la abrazó con dulzura, y en el tono más humilde que pudo encontrar, replicó:

—Sí, dulce Cristina mía... y mañana, como convenido, podremos casarnos.

La muchacha no volvía de su asombro al oír

aquello, y mientras Terry la acariciaba, sus ojos expresaban su inmenso dolor.

Al día siguiente, a costa del corazón, que sangraba dolorosamente, la juventud se sacrificó.

Terry se esforzaba en aparecer tranquilo, y Cristina, a través del velo que oscurecía sus ojos, le miraba con piedad, compadeciéndose a la vez de sí misma.

Inmediatamente después de la ceremonia, Ned volvió al mar.

\*  
\* \* \*

Durante dos años, sólo de tarde en tarde se recibía en el hogar de Terry alguna carta de Ned.

Un día, Terry anunció a Cristina que el "Illinois", el barco de Ned, no tardaría en llegar al puerto de Boston.

—Sin duda, vendrá a visitarnos, estando tan cerca.

Cristina ahogó un suspiro. ¡Pobre Ned!

Terry, sonriendo y acariciando a su mujercita, continuó:

—¡Y qué sorpresa se va a llevar cuando vea lo que tenemos arriba!

Oyóse el llanto chillón de una criatura. Cristina subió a la habitación donde se agitaba su hijita, y en sus brazos rompió a llorar.

En el hotel de los marinos, en Boston, a una hora de camino del pueblo en que vivían Terry y Cristina, podía verse todos los días a Ned, quien, como barco sin brújula, había ido de mal en peor hasta anclar allí, en precario sitio, mal defendido de los huracanes de la vida.

El hotel, miserable como su dueño, tenía una taberna secreta, en que se servía toda clase de be-

bida. Cada vez que Ned entraba en la taberna, era cosa sabida que le tenían que dar papel y sobre para escribir.

El dueño estaba cansado ya de las deudas de Ned, que no conseguía ponerse a trabajar, y le llamó al orden.

Ned escribió con mano insegura esta carta a Terry:

*Llegué a puerto ayer, después de un buen viaje, y procuraré ir a visitaros a ti y a Cristina cuando regrese a Boston, en mi próxima expedición.*

*Parece que los dueños del "Illinois" me van a nombrar capitán del barco, después del siguiente viaje.*

*Hasta entonces.*

*Te abraza y quiere*

*Ned.*

—¿Me da usted un sello?—rogó Ned al dueño del hotel.

—Has estado engañando a alguien con todas esas cartas desde hace dos años, ¿eh?

—Sí... Pero lo engaño porque sé que así, creyéndome feliz, ellos lo serán mucho más.

—Yo me voy cansando de tu correspondencia... y de tus deudas. Si no puedes trabajar... te agradeceré que te largues de aquí mañana mismo. Toma el sello, pero queda cerrada la cuenta. Te lo aviso.

—Tenga usted un poco de paciencia, señor Neil, que yo se lo pagaré todo.

—¡Qué paciencia ni qué chiribias, hombre! Yo no vivo de milagro.

Ned se alejó hacia su pobre cuarto, y entonces el dueño del hotel llamó a un marino, asiduo del local, y le dijo:

—Hazme el favor de llevarte a ese loco de aquí. Háblale de ese estúpido viaje al Arico que están preparando.

Entre los marinos de la bahía de Boston, la mejor broma del año era la imprudente tripulación que saldría hacia el Océano Artico a bordo del "Valkyrie".

Como ningún marino experimentado quería engancharse para aquel viaje, los naufragos de la vida, los perdidos, los desastrados eran los que tenían que integrar la tripulación.

Ned, convencido por el marino a quien se dirigió el dueño del hotel con tal fin, se puso en la fila de los que se contrataban. Estaba bebido. El amigo aquel del miserable dueño había recurrido al alcohol para no hablar en vano...

Uno de los pobres hombres que formaban en la fila de los desesperados, artista fracasado, ropió a Ned:

—Dicen que este barco no volverá nunca.

—¿Y eso a quién diablos le importa?—dijo Ned, encogiéndose de hombros.

No lejos del barco para el que se contrataba la triste tripulación, platicaban dos viejos marinos, uno de ellos Juan Owen, el íntimo de Terry.

—¿A dónde va esa cáscara de nuez, amigo?

—No lo va usted a creer: ¡al Océano Artico!

—¿Qué dice usted? ¡Pero se va a estrellar como un cascarón de huevo apenas la toquen los hielos!

—Esos desesperados son los únicos que consienten en engancharse para el viaje.

De pronto Owen fijóse con infinita sorpresa en un marino que se tambaleaba por efecto de excesiva bebida. Se acercó apresuradamente y vió que, como se lo había figurado desde lejos, era Ned.

—¿Tú? Pero ¿a dónde vas? ¡Habla!

—El "Valkyrie" es, desde este momento, el barco en que voy a navegar.

—¡Quieto! ¿No ves que cometes una locura?

—Vamos al hotel, echaremos un traguito... y hablaré.

Al poco Ned se sinceraba, lo mejor que podía dentro de su estado, con Owen.

—...Mis viajes en el "Illinois" fué todo mentira... No he hecho más que rodar de taberna en taberna... sin hacer nada... tratando de olvidar mis penas... Al fin y al cabo, renunciando a Cristina los hice felices a los dos.

—Querrás decir que hiciste feliz a Terry.

—¿A Terry solamente? ¿Entonces, Cristina no le amaba... sino a mí?

—Cristina se casó con Terry por gratitud. Despierta ya. A quien quería era a tí, y con toda su alma. Ahora es de Terry, pero el recuerdo de lo que tú fuiste para ella... y eso no se olvida nunca... ha de ser para tí el mayor estímulo a regenerarte, a ser un hombre cabal, para que ellos sean felices y tú también con su felicidad y la admiración eterna de la que mucho te amó.

—¡Yo no la podré ver más!

—¡Ned, no te embarcarás en ese ataúd flotante! ¡Todos los marineros le llaman "el barco del suicidio!"

—¡Magnífico! ¡Ese es precisamente el barco que necesito!

Comprendiendo que Ned estaba decidido a cum-



—¡Oh!... ¿Para qué ha servido el sacrificio?... Terry es dichoso, pero nosotros...

plir su palabra, el fiel Owen se decidió a ir derechamente a ver a Cristina y, haciéndole prometer que guardara el secreto le contó lo sucedido.

Cristina tomó el primer tren, y entrevistóse con Ned en el hotel, en su propia habitación, no midiendo, ofuscada por su amor, el paso que daba.

Ned se ocultó el rostro, demacrado, acusador de sus flaquezas.

Cristina se acercó mirándole tristemente, y le echó los brazos al cuello, para decirle frente a frente:

—¡Ned, exijo que me prometas no embarcarte en ese buque! No puedo siquiera imaginar semejante locura. ¡Por lo que más quieras... por mí... no vayas!

—Déjame, Cristina, déjame...

—¡Oh!... ¿Para qué ha servido el sacrificio?... Terry es dichoso, pero nosotros...

—Debo irme, Cristina... Estoy seguro de que, así, más tarde... podrás olvidar y ser feliz... Es la única solución... para los dos...

Alguien acababa de detenerse detrás de la puerta de la habitación de Ned.

Con apresuramiento lleno de temor, Cristina se ocultó detrás de una cortina que ocultaba un guardarropa.

Abrióse la puerta y apareció Terry.

Ned sacó fuerzas de flaqueza para aparecer sereno.

Severamente, Terry expuso a Ned el motivo de su visita.

—El "Illinois" tocó nuestro puerto esta mañana... y Owen trató de impedir que subiera a bordo... Entonces le obligué a que me dijera la verdad. ¿Por qué nos mentiste?

—Escribí esas cartas, Terry, para hacerte feliz.

—¿Para mi felicidad?

—Sí, para tu felicidad... y la de Cristina...

—Pues no lo lograste. Y ahora ¿qué vas a hacer?

—Esta noche me embarco hacia el Océano Arctico...

—¿En qué barco?

—En el "Valkyrie".

—¿En el "Valkyrie"? ¿Ese buque de juguete? ¡Pero eso es ir directamente a la muerte!

La punta de los zapatos de Cristina asomaba por los bajos de la cortina que la ocultaba. Terry fijóse en ello, y apartando inmediatamente la vista de la revelación, dijo a Ned, despidiéndose:

—¿De modo, Ned, que crees que nos harás dichosos a Cristina y a mí emprendiendo ese viaje? ¡Ues te lo agradezco. ¡Buena suerte, muchacho!

Tras esto desapareció, y cuando Ned acogió de nuevo en sus brazos a Cristina, dijo a ésta, intranquilo:

—¡Cristina, Terry sabía que estabas aquí!

\* \* \*

Aquella noche, poco antes de levar anclas el "Valkyrie", Ned iba a embarcarse en él, cuando se sintió detenido por unas suaves manos.

—¿Tú, Cristina? ¿Qué haces aquí?

—¡No te dejaré ir! ¡No y mil veces no! ¡No puedo!

—¡Ha de ser! ¡Déjame!

Ella insistió en no dejarle embarcar, y Ned, para desasirse de su amada, le dió un enérgico empujón.

Pero al ir a embarcar, el contramaestre dijo a Ned:

—¡Quédese en tierra! Tenemos un marino de veras para suplirle.

Y ante sus grandabiertos ojos apareció la recia figura de Terry en la borda del buque del suicidio.

—¿Tú? ¿Por qué estás ahí?—díjole Ned.

—Eres bueno, hijo mío. Has tenido el valor de cumplir tu palabra. Te hubieses marchado por nuestra felicidad, Pero, insensato, ¿no ves que lo que yo quiero es que Cristina sea feliz?

—Déjame embarcar... Déjame que me vaya... Tú eres como mi padre... Yo no puedo ser un enemigo para ti...

—Déjame hacer a mí. No insistas en desobedecerme.

—No quiero que me suplas en ese barco.

—Escúchame, muchacho. Yo no he nacido para el amor. Cristina ha sido para mí la ilusión primera... y ella no podrá quererme nunca como a ti te ha querido siempre; ¿lo oyes? Por eso debo desaparecer de su vida: para que sea dichosa, que es mi supremo ideal. Tú ocuparás mi puesto en tierra... porque yo no volveré jamás.

—¡Eso nunca lo permitiré, Terry! ¡Si uno ha de morir, ese soy yo! ¡Y basta! ¡Déjame embarcar!

—¡Antes tendrás que matarme tú mismo!

Lucharon con fiereza, y como Terry era el más fuerte, Ned besó el suelo.

El "Valkyrie" se hizo a la mar, llevando a su bordo a Terry, el noble, el que todo lo sacrificaba en aras de la dicha de los que fueron como sus hijos.

Las semanas se transformaron en meses... y los meses se convirtieron en años... El fatal "Valkyrie", prisionero de los hielos, servía de único asilo a un puñado de infelices enfermos... lo único que quedaba de su desdichada tripulación... que pronto

quedó reducida a dos hombres: el artista fracasado y Terry.

Durante varios meses, el crucero de la marina de guerra "Eagle", a bordo del cual iba Ned, ha-



*El fatal "Valkyrie", prisionero de los hielos, servía de único asilo a un puñado de infelices enfermos...*

bía surcado las aguas del Norte en busca del "Valkyrie".

El buque del suicidio fué encontrado, sí; pero los auxilios llegaron demasiado tarde para salvar

a Terry, que murió pensando en su esposa, que podría ser feliz con Ned, y en su hijita, que encontraría en su padrastro la ternura de un hombre infinitamente agradecido...

FIN

## ¡ATENCIÓN!

¡UN ACONTECIMIENTO!

A petición de numerosos aficionados  
APARECERÁ MUY EN BREVE

una nueva edición del argumento  
de la monumental película ::

## LOS HIJOS DE NADIE

(LA PELÍCULA QUE NO OLVIDARÁ VD. NUNCA)

en la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal Cinematográfica

64 páginas - Portada bicolor  
Numerosas fotografías

Precio popular: 50 cénts. ◊ Éxito descontado

COLECCION USTED  
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.  
El prisionero de Zenda.-El joven Medar-  
dus.-Los enemigos de la mujer.-Una mu-  
jer de París.- El Corsario.-Para toda la  
vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mu-  
jer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los  
lobos.-¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro:  
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Empera-  
dor.-Lirio entre espinas.-El que recibe el  
bofetón. - Rómula. - Janice Meredith. - El  
Fantasma de la Opera.-El trono vacante.  
El Caid. - Madame Sans-Gêne. - América.  
Cuando las mujeres aman.-El Capitán  
Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella...  
Demasiadas mujeres. - Nobleza baturra.  
Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar.  
El difunto Matías Pascal. - La marca  
de fuego.

Precio: 50 céntimos

Esta semana: ¡Acontecimiento!

EL PESCADOR DE ISLANDIA  
por Sandra Milowanoff

Bicolor, 64 páginas

50 céntimos